

ANTROPOLOGÍA DEL ATEÍSMO INSPIRADA EN LOS PRINCIPIOS DE TOMÁS DE AQUINO. (Los seis tipos de negación de Dios: distinción y nexos).

1. Aclaración metodológica.

Como enuncia el título, tratamos del ateísmo (negación del Dios vivo, en sus *diversas formas*) en la perspectiva antropológica de las actitudes personales ateas. No nos ocupamos aquí "in recto" de los sistemas ateos, sino de las *actitudes personales ateas*, que ignoran, marginan, rechazan, o se oponen al Dios vivo que da noticia de sí, como Creador y Salvador, en la intimidad personal de cada uno de los hombres a quienes se manifiesta (Rm 1,19), llamándoles por su propio nombre (Is 43,1). Aunque son muchos los factores socio-culturales que han podido influir en aquellas actitudes ateas, aquí nos proponemos considerarlas en tanto que estrictamente personales, no en tanto que más o menos objetivadas en un sistema doctrinal ateo. No me propongo, pues, catalogar o describir las diversas formulaciones filosóficas o culturales ateas que registra la historia del pensamiento humano, especialmente en los últimos siglos. En ellas aparecen objetivadas concepciones ateas del mundo que han tenido su origen en personas concretas, que -siempre influidas por otras, singular o colectivamente consideradas, según los casos- han tenido menor o mayor impacto "ambiental" en su entorno cultural¹.

A- Nos interesaremos, pues -es la *primera observación previa* que quiero hacer-, por el ateísmo en la perspectiva de su emergencia en el *espíritu individual* de un hombre concreto, que deja en ocasiones una huella en sistemas doctrinales ateos de *espíritu objetivado* que contribuyen a influir, más o menos, según su mayor o menor incidencia social, en el *espíritu objetivo*, es decir, en las vigencias socio-culturales de un grupo humano o de una institución concreta². Dada la "estructural" correlación de aquellos tres momentos, hacemos las oportunas referencias -al tratar de las actitudes personales ateas del "espíritu individual"- a las otros dos dimensiones del ateísmo, pero siempre de forma alusiva y a título de posible expresión de aquellas ("espíritu objetivado"), o como eventual causa dispositiva "espíritu objetivo"- de la negación de Dios, que como tal, brota siempre originariamente de un espíritu individual³.

¹ Una buena exposición sintética del ateísmo moderno (Feierbach, Marx, Freud, Nietzsche, Sartre) puede verse en J. A. SAYES, *Ciencia, ateísmo y fe en Dios*, Pamplona 1964, C.I, 32-90. E. FORMENT explica muy bien cómo este ateísmo va emparentando estrechamente con la idea de la modernidad, que nace ya en el Renacimiento, pero particularmente con la Ilustración. Los principios de la modernidad descritos por Forment (Cf. *El pecado contra la fe y el pecado de incredulidad*, en: AA. VV., *Hombres de fe*, CETE, 15 semana de teología espiritual de Toledo, 1990, 127-103; *Modelos actuales del hombre*, curso del Escorial de la Universidad Complutense, Julio 1995, en "Verbo" 323-4 (1996) 241-277, donde trata de la postmodernidad) preparan el camino del ateísmo moderno que se defiende en aras del humanismo, en una antropología cerrada a toda trascendencia, radicalmente materialista y tendencialmente antiteísta, de rebeldía prometeica. Aquí nos interesa estudiar el tema en su emergencia de la persona humana. De sus "objetivaciones" doctrinales sólo nos ocuparemos de modo alusivo e "in obliquo".

² Por *espíritu objetivo* (el término procede de HEGEL con otra carga semántica), se entiende aquí (según el sentido que le da N. HARTMANN) la común "forma mentis" que resulta en una sociedad por la mediación del *espíritu objetivado* en los "entes culturales" que vehiculan, objetivándolos, pensamientos y actitudes que emergen del *espíritu individual*. Esta distinción entre *espíritu individual*, *espíritu objetivo* (visión del mundo común a los miembros de un grupo social), y *espíritu objetivado* -que media entre uno y otro-, procede de N. HARTMANN, cuya ontología axiológica de un cerrado inmanentismo excluye un Dios trascendente, no tanto por razones teóricas, como por un postulado axiológico (Cfr. su divulgada *Ontología*). Es el ateísmo que Max SCHELLER llama "postulatorio", de la seriedad y de la responsabilidad, característico del humanismo ateo propio del último siglo. La obra de referencia sobre sus orígenes en el principio de inmanencia (desde la "cadencia atea" del "cogito" cartesiano), sigue siendo la de C. FABRO, *Introduzione al ateísmo moderno*, 2 vol., Roma 1971.

³ El ateísmo, en sentido propio y formal, "vive" en el espíritu humano. En el angélico cabe sólo como "antiteísmo", repulsa o rebeldía contra Dios conocido en la luz de la inteligencia intuitiva del espíritu no encarnado cuyo carácter irrevocable impide que pueda ser perdonado (CEC 394). Según la angeología de STO. TOMÁS (Cf. S. Th. L, 54 y ss), un ángel rebelde condenado no puede no conocer a Dios, pues lo ve como reflejado especularmente en el conocimiento radical de sí mismo. En lo que se refiere al plan misterioso de lo sobrenatural (a la Trinidad y al plan salvífico de participación del hombre en la vida trinitaria comunicado por el Verbo encarnado en el Espíritu, en y a través de la Iglesia), lo conoce también sin sombra de duda, pero como desde fuera (en cuanto a su existencia), por la evidencia de la credibilidad de sus signos, que es alcanzada por su inteligencia natural -de

B- *Una segunda aclaración.* En esta perspectiva antropológica, se entiende por ateísmo no ausencia de religiosidad, sino negación personal -por ignorancia, marginación, sustitución o repulsa- del Dios vivo, que a ningún hombre deja de dar testimonio de sí, y a todos llama, como su Creador y Salvador, invitándoles a la comunión con El.

Como puede comprobarse al estudiar la historia de las religiones, son pocas las que corresponden, a nivel institucional, a una concepción de Dios trascendente y personal. Solía decir, en frase "picante", el gran historiador y teórico del fenómeno religioso Van der Leeuw, que Dios es un "*tard venue*" en la historia de las religiones⁴. Pero, si bien es cierto que el ámbito de la religión que florece al margen del fenómeno judeocristiano apenas aparece con claridad la noción de Dios Creador, personal y trascendente al mundo, lo es sólo a nivel institucional, no necesariamente -ni mucho menos- en la intimidad de la conciencia personal. Pues: "Dios, infinitamente Perfecto y Bienaventurado en sí mismo, en un designio de pura bondad ha creado libremente al hombre para que tenga parte en su vida bienaventurada. Por eso, en todo tiempo, y todo lugar, está cerca del hombre"⁵. El deseo de Dios está inscrito en el corazón del hombre, porque el hombre ha sido creado por Dios y para Dios; y Dios no cesa de atraer al hombre hacia sí⁶.

La constitución "Gaudium et Spes" del Concilio Vaticano II del 7-XII-1965, comienza su exposición -espléndida y luminosa- sobre el ateísmo (nn. 19 a 21) con estas palabras: "La razón más alta de la dignidad humana consiste en la vocación del hombre a la comunión con Dios. El hombre es invitado al diálogo con Dios desde su nacimiento; pues no existe sino porque, creado por Dios por amor, es conservado siempre por amor; y *no vive* plenamente según la verdad si no reconoce libremente aquél amor y se entrega a su Creador". El que no "reconoce", pues, a Dios que *le llama amorosamente al diálogo* con El desde su despertar al uso de razón, no vive según "la verdad" de ser, en virtud de un uso de la "libre" voluntad que lo impide. Es lo que yo llamo "desatención culpable" (El "*declinare oculos*" del libro de Daniel (13,9), raíz del verdadero ateísmo personal que estudiamos aquí en sus diversas formas y su relación.

Con frecuencia se oye decir que el ateísmo afirmado de manera positiva, no es más que un fenómeno reciente, mientras que los pueblos antiguos no conocieron más que el ateísmo práctico, el ateísmo de los espíritus a ras de tierra, de quienes dice el salmista: "Dice en su corazón el insensato: no existe Dios" (Sal 13, 1; 52, 1): Tal tesis es tan falsa como la afirmación contraria, la de los historiadores positivistas de las religiones del siglo XIX, para quienes el ateísmo estaría presente en los comienzos de la historia de la humanidad como el estado connatural al hombre⁷.

capacidad noética incomparablemente superior a la nuestra-, con mucha mayor extensión y agudeza que nosotros. No por la luz sobrenatural de la fe infusa de los viadores, que se apoya en tales signos de credibilidad de la Revelación, sólo en cuanto nos disponen a creer por la libre cooperación con la gracia, como "señales de la presencia salvífica" de Dios que nos invita a creer con la gracia que vehiculan.

⁴ G. Van der LEEUW, *La religion dans son essence et ses manifestations*, París 1948, 157.

⁵ CEC. n.1.

⁶ CEC, 28, que continúa diciendo: "sólo en Dios encontrará el hombre la verdad y la dicha que no cesa de buscar. De múltiples maneras, en su historia, y hasta el día de hoy, los hombres han expresado su búsqueda de Dios por medio de sus creencias y comportamientos religiosos (oraciones, sacrificios, cultos, meditaciones, etc.). A pesar de las ambigüedades que pueden entrañar, estas formas de expresión son tan universales que se pueden llamar al hombre un *ser religioso*". "El creó, de un sólo principio, todo el linaje humano, para que habitase sobre toda la faz de la tierra y determinó con exactitud el tiempo y los límites del lugar donde habían de habitar, con el fin de que buscasen a Dios, para ver si a tientas le buscaban y le hallaban; por más que no se encuentra lejos de cada uno de nosotros; pues en El vivimos, nos movemos y existimos (Hech 17, 26-28)". "Lo que de Dios se puede conocer, está en ellos manifiesto: Dios se lo manifestó. Porque lo invisible de Dios, desde la creación del mundo se deja ver a la inteligencia a través de sus obras: su poder eterno y su divinidad" (Rm 1, 19-20; cf Hch 14, 15.17; 17, 27-28; Sb 13, 1-9)". Por eso son inexcusables los que no son coherentes con esa manifestación de Dios a través de la creación a la que todo hombre puede tener acceso, con una actitud de glorificación y hacimiento de gracias (Rm 1,20-21), raíz originaria de las negaciones del Dios vivo.

⁷ H. DE LUBAC (*El drama del humanismo ateo*, Madrid 1947), dice acertadamente que: "La humanidad siempre ha tenido conocimiento de Dios de una forma o de otra; siempre ha tenido la impresión de ser

"Nihil novum sub sole". Si se entiende por ateísmo la negación del Absoluto personal, el ateísmo es una forma de religión presente en la historia de las religiones positivas, al menos a nivel institucional. (También, el actual ateísmo -pese a declararse antireligioso- presenta todas las características de una nueva religión, con sus dogmas, su moral y su escatología salvífica, especialmente -como observaremos más adelante- en el marxismo).

Las investigaciones de los historiadores de las religiones no han podido hasta ahora probar la existencia de pueblos sin religión, pero sí la de bastantes religiones que tenían divinidades concebidas como poderes sin rostro, impersonales. Se puede preguntar hasta qué punto es legítimo hablar de ateísmo en esta concepción impersonal de la divinidad. Será difícil responder claramente a esta cuestión en lo que se refiere a esas formas antiguas, digamos primitivas, de religión *politeísta*, que divinizan fuerzas naturales, pues ni afirman ni niegan un fundamento trascendente a nivel institucional. Pero, en todo caso, el deseo de un dios personal, de un Tú divino al que confiarse en íntima comunión, acaba imponiéndose, porque corresponde a una disposición muy profunda del hombre, a lo vivido externamente en el rito institucional, que es compatible con actitudes personales de plegaria al Dios vivo y personal ("al que sin conocerlo, sin embargo, veneráis", Hech. 17). Habría que precisar en cada caso concreto nada fácil de discernir en ocasiones (sólo Dios conoce los corazones), entre un comportamiento mágico y una actitud propiamente religiosa.

Lo mismo debe decirse de las religiones *panteístas*. En el llamado budismo del pequeño vehículo, por ejemplo, Buda coloca a los dioses en el último lugar del mundo, y descubre como realidad última el *nirvana*, la nada absoluta (que conviene distinguir de la nada simplemente relativa, que es lo contrario del Ser-en-el-mundo). Pero esta nada absoluta, ¿es realmente "nada"? Preguntado sobre la existencia de Dios, Buda se refugia en el silencio total. La ausencia de imagen en Antiguo Testamento, que no soporta ninguna representación de Dios y no reconoce como válida más que la palabra, está aquí rebasada por la misma negación de la palabra, por la remisión al puro silencio, al mutismo total de la creatura. Sin embargo, también se puede ver una teología -en cierta manera semejante, aunque nunca tan radical- del mutismo y de la noche oscura en la teología negativa ("apofática") de la mística cristiana. Más que ante un verdadero ateísmo, estaríamos más bien en un caso-límite de la teología negativa: un ateísmo que en el fondo es experiencia de mística natural, preparada por las técnicas de interiorización de los "gurús" de la "meditación trascendental", en prosecución, de una fe más pura, rechazando las representaciones demasiado humanas de Dios por respeto reverencial ante la presencia de la realidad siempre más grande de Dios⁸.

Cabe decir, en general, que la mística natural de las religiones de Oriente "tiende" a confundir a Dios con la fuerza inmanente que anima al Universo (el ATMAN, fondo del alma, estado de concentración del BRAHAMAN). En ocasiones, la relega a una trascendencia inaccesible a la mente humana que le hace totalmente inalcanzable, en una actitud religiosa de muda adoración de lo inefable. Pero en ambos casos ni se niega ni se afirma explícitamente su trascendencia ontológica. Puede ser, en muchos espíritus personales que la "viven", mera teología negativa: trascendencia gnoseológica llevada

llamada por él, pero también siempre ha estado sujeta a la oscuridad de la incertidumbre y de la duda; siempre ha podido imponerse el escepticismo y la angustia de que no fuese todo a abocar al vacío. Como el hombre está condicionado de suyo por la historia, la idea de Dios se encuentra constantemente ante la puerta de su espíritu, pero siempre está en peligro de ser ahogada".

⁸ Se puede decir otro tanto de manera distinta, de las grandes tendencias ateístas de la religiosidad hinduista: el monismo espiritual ilusionista, tal como lo formuló Shankara en el Vedanta, está en función de una piedad místico-intelectualista. Al pluralismo de Sankhya corresponde una actitud fundamental gnóstica, que es religiosa bajo la forma de la gnosis. Más radical parece ser el alcance ateísta del jaïnismo, aún cuando también él sea compatible con la actitud fundamental de la *religio*, del temor sagrado en la presencia del Todo-Otro, que brilla para él en sus profetas. El carácter distintivo común a todos los ateísmos mencionados hasta aquí consiste en que todos permanecen en el ámbito de una cierta religión; incluso simplemente se identifican con ella. J. RATZINGER, *El ateísmo*, en "La fe hoy", Madrid 1970, 63. J. FERRER ARELLANO, *El misterio de los orígenes*, Madrid 1997, parte III ("Gnoseología del acceso humano a la Palabra creadora de Dios", c.2), donde expongo las características de conocimiento espontáneo originario de Dios, según la doctrina de Sto. Tomás acerca del conocimiento por connaturalidad, y sus diversas expresiones en la historia de las religiones.

al límite, de la que se espera la salvación⁹. Es compatible esta religiosidad, pues, con una actitud no atea, de búsqueda de Dios de un corazón sincero y buena voluntad. No hay rechazo del Dios Creador. Sólo hay actitud silente, que puede ser en ocasiones muda adoración del "Deus Absconditus". Ahora bien, el deseo de un Dios personal, de un Tú divino con el que dialogar en íntima comunión personal, es tan connatural al hombre, que no puede estar ausente de la actitud personal religiosa de plegaria y adoración.

Hay que hacer, pues, un doble discernimiento:

a/ En primer lugar que el *ateísmo como negación del Absoluto personal a nivel institucional, no siempre es personal en los miembros de esa institución* o grupo religioso como negación del Dios vivo. Con frecuencia se dirigen a El trascendiendo el mudo ensimismamiento en la "nada absoluta"; o -en su caso- el símbolo mítico o la acción ritual en una actitud no atea idolátrica o mágica, sino de plegaria confiada a un Tú presentido oscuramente por la inteligencia de modo no nocional y preconsciente, en la intimidad del espíritu personal de quienes realizan su dimensión religiosa en el apoyo institucional al que necesariamente tiende la constitutiva socialidad propia de la condición humana- de tal concreta religión o estructura religiosa.

b/ En segundo lugar hay que discernir el sentido que tiene una negación de dios: *a veces un no a "Dios" equivale a un movimiento de búsqueda del Dios vivo* que se manifiesta en forma de violenta repulsa a una figuración antropomórfica del Dios trascendente presentido en la intimidad de la conciencia (de forma preconsciente), como rechazable. Es, pues, una negación crítica, muchas veces fundada, de una falsa noción de Dios. Es un *no* que equivale a un *sí* de búsqueda "a tientas" del Dios vivo, expresivo de un anhelo de encuentro y comunión con El, avivado por el influjo de la gracia redentora de Cristo de que llega a todos los corazones¹⁰. El ateísmo (en su forma crítica) no es necesariamente la negación del absoluto en general, sino su reducción a una pura ausencia de figuración, es una protesta contra la figura con la que se identifica el absoluto. "En esto consiste -escribe Ratzinger-, en realidad, la grande e ineluctable misión del ateísmo en la historia de las religiones. Porque la figuración de lo divino lleva siempre de hecho a humanizar a Dios, gran amenaza para el hombre. Toda humanización y reificación del absoluto puede llevar a las más terribles consecuencias, ya que entonces el grupo, el sistema, la organización, se erigen también en absolutos y, faltos de toda humanidad, hacen el mal puro y simple de todo lo que se les oponga. Por el mismo hecho de la naturaleza humana, toda

⁹ El... "toda ciencia trascendiendo" de Juan de la Cruz se exagera aquí hasta la negación de todo conocimiento. Lo contrario del místico Doctor cristiano, que considera la experiencia mística del supraconsciente divinizado del espíritu humano el conocimiento más elevado, la suprema sabiduría más ambicionable, transeidética -preludio de la visión beatífica- que brota de la luz intelectual infundida por los dones contemplativos del Espíritu Santo, Persona increada, a la persona creada, potenciando al máximo su personalidad: su inteligencia y su libertad. Nada tiene que ver, pues, con la despersonalización a la que conduce de la oración trascendental del oriente pagano. Cf. J. MOUROUX, *Creo en tí*, Barcelona 1964, 79 ss.

¹⁰ "Algunos dirán quizá que se trata ahí no tanto del hombre en general como del hombre cristiano. Algo de verdad hay en esta observación; no creo que encontremos en el mismo grado los desgarramientos y la sed de comunión con el Dios vivo entre los primitivos y en las civilizaciones anteriores a Cristo; el hombre estaba, a lo que parece, un poco más contento con las cosas puramente humanas. No podía haber angustia pascaliana en tiempos de Aristóteles. Así y todo -teniendo en cuenta que Dios visita con su gracia todos los corazones (antes de Cristo, por anticipación), el gran pesimismo que sostenía la mejor suerte era no haber nacido, y los misterios, y el orfismo, y el culto de los héroes, y todas las grandes morales posteriores a Aristóteles testimonian de estas aspiraciones a lo sobrehumano presentes en el mundo helénico. Y ¿qué decir de la India y de Persia? Y entre los mismos primitivos, de un modo también primitivo, las cofradías sagradas con sus misterios y sus pruebas, los mitos, las personificaciones extrahumanas o suprahumanas operadas por el pensamiento mágico, dan análogo testimonio. En realidad, entre el mundo cristiano y los mundos no cristianos, es sobre todo por la profundidad y la intensidad, como por las modalidades más o menos puras, las formas de realización, los resultados a que llegan, como difieren entre sí los signos de la existencia en el hombre de aspiraciones a una condición divina y bienaventurada. Si la naturaleza humana ha sido irremediablemente y de una manera final "infinitezada" por la gracia cristiana, ella ha sido ya antes infinitizada -irremediablemente también y de una manera incoativa- por la gracia en la cual ha sido creado el primer hombre. Aún en una humanidad que ha sido cristiana y de la cual se está retirando la fe, y con la fe los deseos propiamente sobrenaturales, los deseos transnaturaes permanecen estimulados, agudizados", Cf. J. MARITAIN, *Lecciones de Filosofía moral*, Buenos Aires 1968, 131-2.

figuración tiende necesariamente a reducir y a humanizar falsamente a Dios; por eso, es impensable que al lado de la figuración no exista igualmente la gran contra-corriente en la intimidad de la conciencia (de forma preconsciente) como rechazable. Es, pues, de la purificación"¹¹.

C- *Tercera observación. El ateísmo es siempre -si es verdaderamente tal, no mera teología negativa-, expresión de esta posibilidad fundamental del hombre que llamamos pecado.* El ateísmo puede existir como fenómeno constante de la historia, ante todo porque la posibilidad de hacerse culpable y de negarse, siempre es algo propio del hombre y de toda libertad creada. Es el pecado, el abismo del misterio de iniquidad que tiene su raíz en la orgullosa autosuficiencia que rechaza la dependencia del Creador y Señor, que implica una desconfianza sólo posible en virtud de una ceguera culpable, especialmente aguda las formas de negación de Dios. Después veremos las diversas formas de aquella culpa moral y su mutua relación. Pueden reducirse a dos fundamentales: la negativa del corazón estrecho, que no se atreve a subir tan alto y se repliega de buen grado sobre el campo terrestre de su cómoda instalación en una existencia desvinculada -en una actitud egocéntrica- en molestos compromisos que obligan a salir de sí; la actitud del *hybris*, que rechaza la sujeción y no quiere reconocer nada por encima de sí: la "superbia vitae" que conduce a la rebeldía contra Dios.

D- *Una última observación que me parece fundamental, es advertir que el ateísmo de los últimos siglos, si bien participa de las propiedades generales del ateísmo, muestra rasgos completamente específicos* -en Occidente de modo especial- que derivan, en síntesis, de su carácter postcristiano; es decir, del hecho de que ha sido formulado en la perspectiva de la fe cristiana en Dios, en la intención consciente de negar ese Dios, de salirse de la historia de las religiones y ponerle un final irrevocable, en nombre de la ciencia y de la dignidad humana. La ciencia es la forma de pensamiento en la que hoy en día muchos espíritus piensan que -por primera vez en la historia- toda la humanidad puede unificarse. El ateísmo tiene con frecuencia la pretensión de ser el resultado obligado de esta forma de pensamiento y, en consonancia, la respuesta definitiva al problema de Dios, presentándose, a veces, con carácter definitivo y exclusivo, y persiguiendo como fin último la unificación de la humanidad orgullosa de sí misma, y "absolutizada" en el lugar de Dios¹².

Este ateísmo no ha llegado a ser posible más que gracias a la "desdivinización" cristiana del mundo, que ha rebasado en radicalismo la "desdivinización" greco-filosófica del mundo (no podemos olvidar que ha merecido al cristianismo primitivo el reproche de ateísmo, por haber roto todo el espacio de la antigua *religio* y haberlo declarado profano). La desdivinización del mundo, que resulta del absolutismo de la fe en un sólo Dios, no hace más que entregar plenamente al mundo entero totalmente de la pasión investigadora propia del espíritu griego, y liberado ya del terror de los demonios, y de las inquietantes fuerzas maléficas del cosmos divinizado¹³.

El encuentro, hasta entonces, con la realidad creada había sido siempre para el hombre una fuente de experiencia religiosa inmediata, por razón de la transparencia de la naturaleza respecto a su creador, que se le manifestaba en el simbolismo analógico de las "hierofanías" cósmicas (Mírcea Eliade). Pero, el desarrollo de la técnica en el mundo, hecha posible por el cristianismo, ha tenido como

¹¹ J. RATZINGER, o.c., 64 ss, donde añade: "Precisamente por nuestra calidad de cristianos no podemos considerar simplemente las religiones positivamente figurativas de la historia del mundo como lo que está bien, y la tendencia espiritual ateísta, como pecado puro y simple. Las dos tendencias, la de la figuración y la de la purificación, se complementan mutuamente. Ambas llevan en sí el principio de su elevación, o de su caída".

No se enjuicia aquí -es obvio- el ateísmo como tal (siempre culpable), sino que se afirma la función positiva del mal como "espíritu objetivado" en la historia de la salvación, que Dios permite con vistas mayores (Es el sentido de expresiones tales como "el diablo arrastra piedra").

¹² H. DE LUBAC, *Ibid*; J. RATZINGER, o.c. 66 ss.

¹³ La destrucción de la creencia en las divinidades paganas, partiendo de un principio extra-religioso y puramente filosófico es -en el sentido de teología negativa *desmitologizante*-, más peligroso para la *religio* politeísta del antiguo paganismo, que los "ateísmos" de espíritu religioso del Extremo Oriente. Sin embargo, no hay que olvidar que de los pensadores griegos, independientemente de su idea de Dios, permanecieron adictos a la legitimidad de la religión de la ciudad. Mucho más radical y peligroso para la religiosidad oficial era el ateísmo cristiano, que se negaba a reconocer dioses intramundanos. En especial la negativa a dar culto a la "polis" hipostatizada en el emperador divinizado, fue considerado un peligro grave para la estabilidad del Imperio.

consecuencia que el hombre no encuentra la realidad de la naturaleza en su simple inmediatez, sino que la alcanza por medio de la obra humana, en un mundo transformado por el hombre. Y de esta forma el hombre no encuentra la naturaleza, en sí misma, como el "ars Dei", sino con creciente intensidad mediada por su propia obra, la "techné": un mundo transformado por el genio humano, que canta la gloria del hombre.

En consecuencia, la experiencia religiosa resulta profundamente modificada, positiva y negativamente. En lugar de la religión de la naturaleza, surge como tentación la religión técnica, la veneración del hombre por sí mismo; la autodivinización del hombre que suplanta inevitablemente a la divinización de la naturaleza. Como contrapartida, puede facilitar el acceso a Dios a partir del hombre, como "adiutor Dei", que participa de su poder creador, llamado a dominar la tierra solidariamente con los otros hombres en comunión de amor, como imagen de Dios.

De ahí las características peculiares del ateísmo postcristiano presente en muchos espíritus, que ha dado origen a objetivaciones en diversos sistemas ateos. Estos han ido evolucionando, desde las versiones racioanalistas idealistas y materialistas de siglos pasados, a las formas contemporáneas (de la modernidad epigonal y de la postmodernidad) que se caracterizan por un humanismo que "postula" -más por un fundamento axiológico que teórico- la superfluidad de Dios, que si existiera, impediría su plena realización¹⁴.

En gran medida, pues, el ateísmo contemporáneo es un ateísmo constructivo, no meramente destructivo, como lo ha sido, en líneas generales, hasta la aparición del marxismo. La destrucción de Dios no es en el mundo contemporáneo un fin sino un medio; un medio para la realización de un humanismo constructivo. Con una voluntad prometeica, el hombre pretende alcanzar la más plena grandeza humana, construir el *regnum hominis*; la eliminación de Dios sería necesaria para la construcción de ese humanismo ateo; derribar a Dios es derribar un obstáculo para conquistar la absoluta libertad; la grandeza de Dios debe pasar al hombre, en una suerte de absolutización o divinización del hombre, <<una caricatura de aseidad>>¹⁵.

Hechas estas cuatro observaciones pasamos a describir las causas del ateísmo personal, propiamente tal, que implica una libre negación del Dios vivo que sale al encuentro de todos y cada uno de los hombres, invitándolos a la comunión íntima y vital con El.

¹⁴ Se comprende, después de lo dicho, que los rasgos originales de este tipo de ateísmo "postulatorio", se dan sólo en culturas que han sido previamente evangelizadas (o de civilización tecnológica avanzada, como Japón: pero, en estos casos, con caracteres propios; es más común la mera marginación o indiferencia entre las cuestiones últimas, favorecidas por una cultura de desmesura en el trabajo, y la ausencia de una tradición cristiana saturada de "signos de trascendencia" que evocan, con constantes reclamos de la cultura "objetivada" de raíces cristianas, una doctrina enormemente comprometedor).

¹⁵ G. MARCEL, *Don et liberté*, en "Giornale di Metafisica" 2 (1947), 194. Cfr. M. DE LUBAC, *El drama del humanismo ateo*, Madrid 1949, 24.

Otras características del ateísmo contemporáneo son, según FABRO, su *inmediatez y su universalidad*. La primera alude al actual clima cultural criptoateo, cerrado a la trascendencia. Se parte de él. No se llega a él -como antaño- por reflexión justificadora. Para no sucumbir a él es preciso ir a contra corriente sin dejarse arrastrar por el "das Man" heideggeriano. (Sobre este tema he tratado en *Sobre la fe filosófica. Amor y trascendencia*, "Anuario Filosófico", 1969, 125-134).

En cuanto a su universalidad: mientras en el pasado, hasta la llegada de Nietzsche y de la izquierda hegeliana unida al positivismo y ahora a las filosofías de lo finito, el ateísmo se limitaba a posiciones de secta entre filósofos, librepensadores, miembros de sociedades secretas..., como una profesión de *élite*, hoy día envuelve a las masas.

A cada una de las progresivas radicalizaciones del principio de inmanencia (reducción del ser a su posibilidad, a su ser conocido, al pensamiento, a la praxis, etc.) corresponde paralelamente un grado en la curva moderna hacia el ateísmo. Así, el panteísmo de Spinoza, el panteísmo idealista de Hegel, el ateísmo materialista de Feuerbach, el ateísmo militante (o antiteísmo) -teórico práctico- del marxismo, el ateísmo como un catarsis para que, con la muerte de Dios viva el superhombre con su voluntad dionísica de poder, el absurdo radical del existencialismo de Sartre que lleva anejo el punto de partida ateo... (Cfr. C. FABRO, *Génesis histórica del ateísmo contemporáneo*. En VV.AA., *El ateísmo contemporáneo*. Madrid 1971, t. II, 19-65. Se trata de una síntesis de su magna obra, ya citada, *Introduzione all'ateismo moderno*, en dos volúmenes).

2. Etiología de la actitudes ateas.

He aquí como describe las causas que dan origen al ateísmo, en breve compendio, la Constitución Pastoral del Concilio Vaticano II "Gaudium et Spes" sobre la Iglesia en el mundo moderno: "Pero esta "unión íntima y vital con Dios" (GS 19, 1), puede ser olvidada, desconocida e incluso rechazada explícitamente por el hombre. Tales actitudes pueden tener orígenes muy diversos (cf. GS 19-21): la rebelión contra el mal en el mundo, la ignorancia o la indiferencia religiosas, los afanes del mundo y de las riquezas (cf. Mt 13, 22), el mal ejemplo de los creyentes, las corrientes de pensamiento hostiles a la religión, y finalmente esa actitud del hombre pecador que, por miedo, se oculta de Dios (cf. Gn 3, 8-10) y huye ante su llamada (cf. Jon 1, 3)". CEC, 29. En ese texto, resumen de la breve exposición que hace la "Gaudium et Spes" sobre el ateísmo (19-20) se trata de la etiología del fenómeno ateo, mediante un enumeración analítica de los factores que inciden en el origen de las actitudes personales ateas, morales, intelectuales y sociales¹⁶.

Pero creo que, siguiendo la guía del Doctor Angélico, es muy conveniente -para lograr una mayor claridad que evite ambigüedades- *distinguir* -al estudiar esa etiología- *entre las causas propias y formalmente constitutivas* de las actitudes ateas -que siendo siempre expresión del pecado, no pueden ser sino de orden moral- y *aquellas otras causas meramente dispositivas* -por aquellas primeras originadas, a modo de "estructuras de pecado" propias del espíritu objetivo -, que serían formalmente intelectuales -hábitos dianoéticos, de origen socio-cultural.

Ellos explican la masiva extensión del ateísmo en nuestras sociedades occidentales. En la medida en que es analizable por sus expresiones objetivadas y la mentalidad difusa en los ambientes de un determinado "medio" social, pues sólo Dios tiene acceso a la intimidad de los corazones. Recuérdese que -como antes subrayábamos- un *no* a Dios puede ser equivalente a un *sí* de búsqueda del Dios vivo expresado en forma de teología negativa o apofática, en corazones atentos que buscan sinceramente la verdad con buena voluntad.

En el texto conciliar se refiere a la culpa moral originaria del ateísmo aludiendo al miedo por el que el hombre se aparta de Dios (elemento formal del pecado ("aversio a Deo"), cuya raíz es la soberbia), y a los afanes del mundo y de las riquezas (su elemento material "conversio ad creaturas" en las que se pone el corazón que se aparta del único Bien que puede saciar, cuya raíz es la codicia). Pero si vamos a la raíz última del pecado, la Escritura nos dice (Sir. 10-14) que el inicio de la soberbia lo provoca la desconfianza que da origen a la huída de Dios: "El comienzo de todo pecado es la soberbia", y "el comienzo de la soberbia es el alejamiento de Dios" (En el Génesis se describe como radicado en la desconfianza)¹⁷.

STO. TOMAS nos da, como siempre, la clave hermeneútica, inspirándose en "la unidad de la Escritura, la tradición viva de la Iglesia y la analogía de la fe" (que ha recordado de nuevo como criterio de recta exégesis la Constitución *Dei Verbum*, 12 d). Aquella afirmación del Sirácide, que aparece también en los salmos: ("*Que el hombre no tenga a Dios en su corazón es el principio de la malicia*"¹⁸), se explica por malicia el conocido texto paulino (Rm 1,19 ss) que comenta el Dr. Angélico: "Cognitio Dei, quantum est de se ad bonum inducit". El conocimiento de Dios de suyo induce al bien, pues quien conoce a Dios debe glorificarle, y darle gracias, y observar o guardar el orden por él establecido. Dice, en

¹⁶"El ateísmo crece de día en día -dice la "Gaudium et Spes" (n.7)- en el fenómenos de las masas que prácticamente se alejan de la religión: la negación de Dios o de la religión no son ya algo insólito o individual, sino que se presenta como exigencia del progreso científico y de un nuevo humanismo. Ni se expresa solamente a niveles filosóficos, sino que llega a la literatura, a las artes, las ciencias, la historia y el derecho", como dice la misma Constitución (n.19): "uno de los fenómenos más graves de nuestro tiempo". Un peligro terrible, que amenaza a la humanidad entera", en frase de Paulo VI.

¹⁷ Cf. J. FERRER ARELLANO, *El misterio de los orígenes*, cit. Parte I c.3.

¹⁸ Sto. TOMÁS DE AQUINO, In Sal 13,1. Ed. Vives 18; 290, que cita S. AGUSTÍN: "La corrupción empieza - comenta S. Agustín- por la mala fe, de ahí se va a las torpes costumbres, de ahí a las iniquidades más tremendas, estos son los pasos". In Sal 52,1, PL 36. Cf. para este tema, J. GONZALEZ QUEVEDO, *Ateísmo y pérdida de la fe, "per non usum et per abusum"*, Madrid. 1975.

efecto, San Pablo a los Romanos que los gentiles, por el conocimiento del mundo visible, llegan a alguna noticia de Dios; pero habiéndole conocido "no le glorificaron como a Dios ni le dieron gracias" por lo cual "son inexcusables". Y porque no usaron de ese conocimiento, marginándolo --sin buscar "como a tientas" al Dios vivo- permitió el Señor que se envaneciesen en sus pensamientos y cayesen en la idolatría, la magia y en toda clase de aberraciones morales contra la naturaleza¹⁹ en el pecado de engreimiento presuntuoso -que piensa por soberbia autosuficiente que tiene la salvación asegurada por conocer la ley, que no pone en práctica-. La fuerza para seguir la ley la recibe el corazón que confía en YHWE; en que cumplirá la promesa mesiánica de salvación universal en Jesucristo que hizo en la alianza con Abraham. De ahí arguye el Apóstol a la imposibilidad moral de evitar desviaciones religiosas y morales sin la gracia de Cristo²⁰. Del no uso o abuso del conocimiento natural de Dios, a la soberbia; de ésta a la perversión de la religión en la idolatría y la magia y (otras actitudes personales de negación del Dios vivo que describimos luego) y finalmente a los pecados contra la naturaleza y a la degradación y perversión más espantosa.

A estas *causas próximas* en sentido propio y formal de carácter ético, de la incredulidad y del ateísmo *de carácter ético* -el alejamiento u olvido de Dios y la soberbia que aquél origina-, hay que añadir también todo un conjunto de *causas remotas de carácter dispositivo*, hábitos de naturaleza intelectual y prejuicios endurecidos de raíz sociológica, que originan un clima de contaminación ideológica (mucho más grave y funesta que la contaminación atmosférica de las grandes ciudades). Se ha afirmado acertadamente que, mas que los vicios, son los errores los que corrompen a los pueblos.

En otro escrito traté, con algún detenimiento, de la psicología social como dimensión del conocimiento religioso. Baste aquí aludir a la mentalidad consumista, a la crisis de intimidad de una sociedad edonista y masificada que tanto obstaculiza oír la "voz silente" de Dios en el santuario de la

¹⁹ Como es obvio, no se refiere a todos los gentiles, como muestra con claridad el capítulo siguiente sobre *la ley natural grabada en sus corazones (Rm 2)*, y *cumplen, al menos en parte, sus imperativos*.

²⁰ Si "a quién se ha dado mucho, se exigirá mucho, y a quién se ha confiado mucho, se pedirá mucho" (Lc. 12, 48), mucho se ha de pedir y exigir a los cristianos, que no usan para el bien del conocimiento sobrenatural, que tienen por la fe. Los pasos están indicados: se apartan u olvidan de Dios, al no usar de su conocimiento, de más valor que el mundo entero. Incurren en la soberbia, cuyo principio es el apartamiento de Dios, y a su vez es el principio de todo pecado, como nos dice el Sirácide.

Sto. TOMÁS DE AQUINO escribió que "la infidelidad, en cuanto es pecado, nace de la soberbia, de la cual proviene que el hombre no quiera someter su entendimiento a las reglas de la fe y a la sana inteligencia de los Padres". Por lo cual dice S. Gregorio en el libro 31 de los Morales: "De la vanagloria provienen las presunciones de las novedades". (S. Th. II, 10, 1, 3; cf. 11, 1, 2). "La soberbia es la raíz de los errores de dos modos. Primero, porque los soberbios quieren entrometerse en las cosas que no conocen; y por tanto es necesario que yerren y se equivoquen... También porque no quieren someter su entendimiento a otro, sino estribar en su prudencia, y por eso no quieren obedecer". (In I Tim c.6 l.1. Ed. Vives 24, 492).

"No es semejante en manera alguna la condición de aquellos que por el don celestial de la fe se han adherido a la verdad católica y la de aquellos, que llevados de opiniones humanas, siguen una religión falsa; porque los que han recibido la fe bajo el Magisterio de la Iglesia nunca tendrán causa justa alguna para cambiar o poner en duda esa misma fe" (DS, 1974 y 3.014). El mismo Concilio en esa misma Constitución dogmática sobre la fe católica señala la diferencia. Quién ha recibido la fe de la Iglesia tiene motivos objetivos y ayudas que prueban el origen divino de nuestra religión, y confirman su verdad y certeza. Jesús afirmó que era el Unigénito del Padre y nos reveló la intimidad trinitaria del Dios Creador Uno y único para hacernos partícipes de ella. "Si no me creéis a mí, creed a las obras (Jn. 10,38). Y sanaba a los enfermos, resucitaba a los muertos, calmaba las tempestades... Hacía obras de Dios, luego era Dios. Esos son los motivos objetivos, los milagros y las profecías, que también hizo Jesús, y son "signos ciertísimos"... de la revelación divina", como definió el mismo Vaticano I (D-S. 1970 y 3009). Dios que "no abandona si no es abandonado", como dice S. Agustín, socorre con su gracia y confirma al cristiano en la fe que ya ha recibido. Le hará fijarse en la perennidad de la Iglesia, en la sublimidad de su doctrina en la constancia de los mártires, en la santidad de la Iglesia que nunca dejó de manifestarse en sus miembros más dóciles a la acción santificadora del Espíritu que le anima y le vivifica. Mientras que los educados en otras religiones carecen de esos motivos objetivos y la gracia de Dios les atrae a la plena comunión con la Iglesia Católica (a los cristianos disidentes, valiéndose de los "elementos" salvíficos de eclesialidad que proceden de la plenitud de la verdad y de vida de la Iglesia Católica, fundada por Cristo y a ella tiende su dinámica connatural: a la plena comunión con la Persona mística de la Esposa de Cristo, que subsiste -como tal persona- en la Iglesia Católica (cf. Joaquín FERRER ARELLANO, *La persona mística de la Iglesia*, en "Scripta Theologica", XXVII (1995), 851 ss).

conciencia, a una cultura inmanentista cerrada a toda trascendencia, a un superficial cientifismo que aparece a los ojos de muchos como capaz de todos los progresos y, a la larga, de todas las explicaciones, o al vértigo del cambio -en la actual aceleración de la historia- que favorece una visión fenomenista funcional en la que nada permanece²¹, todo es efímero, caduco y sin importancia... Vista la etiología del ateísmo en general, parece necesario precisar las diversas características que ambos tipos de causas (*formal-próxima* y *dispositiva-remota*) que le dan origen, adquieren en las diversas actitudes personales ateas, correspondientes a los diversos tipos de negación de Dios que -no sin una tensión dinámica de paso de una a otra modalidad de negación- vamos a distinguir a continuación.

3. Tipología del ateísmo.

Presentamos ahora en un cuadro esquemático cuales son los caracteres de los seis tipos diversos de negación personal del Dios vivo, en su dinámica relación descendente, y la diversa inflexión de sus causas.

Advertencia: las notas I, II, III, IV, V, VI, introducidas en este esquema, reivindican los textos correspondientes de la *Gaudium et Spes* del Concilio Vaticano II sobre el ateísmo (n.19), que se reproducen deajo del cuadro.

	NEGACIÓN (formas de)	ATEÍSMO (tipos de)	CAUSA DISPOSITIVA (Intelectuales sociales) Inmanentismo	CAUSA FORMAL (voluntad egocéntrica) CULPA MORAL
1-	De Ignorancia	Negativo (I)	Oscuridad intelectual	Infrecuente (si es culpable=2)
2-	De Marginación A/ B/ (por coherencia entre vida y pensamiento)	Práctico (I)	Exito de la vida. Cultura inmanentista	Accedía. (Autosuficiencia despreocupada)
		Indiferentismo (práctico, teóricamente justificado)	Racionalismo deista (V) Agnosticismo despreocupado (IV)	"Initium superbiae apostatare a Deo" (Sir 10,14)
3-	De Crítica A/ Auténtica	Ateísmo aparente (Teología negativa) Positiva función purificadora	Ausencia de testimonio adecuado, teórico o práctico (III) a favor de Dios. Misterio del mal (II)	Búsqueda sincera del Dios vivo. Voluntad de verdad: no es culpable

²¹ Tenemos la misma naturaleza humana esencialmente inmutable compuesta de alma y cuerpo. Los juicios y gustos de los hombres son sustancialmente siempre los mismos. "Hoy seguimos sintiendo la ira de Aquiles y aplaudimos su juramento por aquél cetro, cortado del árbol, al que habían arrancado sus hojas como arrancaba Agamenón sus ilusiones y su gloria al mejor del los aqueos"; hoy -alguien dijo- seguimos emocionándonos con el hijo del valeroso Héctor, como se emocionaron hace 3000 años los contemporáneos de Homero. Inmutables sustancialmente son los sacramentos instituidos por Jesucristo, como definió el Concilio de Trento (DS. 931 y 1.728), e inmutables son igualmente los mandamientos del decálogo. Explicar lo que estuviese implícito en la fe no es proponer una fe distinta, como definió el Concilio Florentino contra los focianos, al defender la adición del Filioque (D-Sch. 691 y 1.302). Como no lo es relacionar y profundizar las verdades reveladas reteniendo perpetuamente el sentido de los dogmas declarados una vez por la Iglesia en *eodem sensu eademque sententia*, como definió el Magisterio (DS, 1800-3.020).

Todas estas realidades tan grandes: las inmensamente mayores, inmutables, y las mucho menores, influyen sobre nosotros. Pero por razón de su proximidad, por su novedad y atractivo, influyen más las noticias menudas y cambiantes vicisitudes de la ciencia, de la política, del acontecer diario, y se va embotando de capacidad de asombro. ¡No admirar más lo más admirable! Chesterton definía la vulgaridad como estar ante lo sublime y no enterarse, pasar de largo. Si consideramos más a estas grandiosas realidades inmutables, estaríamos inmunizados, en gran parte al menos, contra la contaminación ideológica, evitándose así ser "como niños fluctuantes, llevados de acá para allá por cualquier viento de doctrina". (Ef 4,14). Sobre la sociología del conocimiento de Dios trato ampliamente en *El misterio de los orígenes*, cit. (Parte III c.1) y en *Sobre la fe filosófica, amor y apertura de la trascendencia*, en "Anuario Filosófico", 2 (1969), 125-134.

	B/ Inauténtica (Por tendencia connatural al hombre, "peregrino de lo Absoluto" -Pascal-)	Crítico (IV, V) a/individualista b/militante (antiteísmo)	Necesidad de justificar el rechazo de Dios a/ ante sí b/ ante los otros	Rebeldía enmascarada en críticas sofisticas (IV y V)
4-	De sustitución idolátrica (expresión atea de la "religio")	Positivo (que absolutiza lo relativo)	Tendencia connatural del espíritu al Absoluto (religación).	Soberbia de la vida (raíz común en (A) y en (B), de diversas idolatrías
	A/ Precristiana	Divinización de la naturaleza	Desviaciones institucionales de las religiones paganas	Idolatría (politeísta, panteísta). Magia (dualista de modo singular)
	B/ Postcristiana (por "la venganza de la finitud")	Divinización del hombre (VI)	Cultura del humanismo ateo, fundado más bien en postulados axiológicos que en razones teóricas	Rebeldía prometeica pseudo humanista (Idolatría y magia más sutiles) -individualista (corruptora) -pseudoaltruista(militante)
ANTITEISMO				
5-	De oposición (por desesperación total)	Antiteísmo esperanzado	Cultura del satanismo	Rebeldía prometeica satánica
6-	De confrontación (odio de nemistad)	Antiteísmo desesperado de los réprobos	Apenas posible hasta la impenitencia final	Rebeldía desesperada del odio luciferino.

(I) Algunos ni siquiera se plantean la cuestión de la existencia de Dios, porque al parecer, no sienten inquietud religiosa alguna y no perciben el motivo de preocuparse por el hecho religioso.

(II) El ateísmo nace a veces como violenta protesta contra la existencia del mal en el mundo o como adjudicación indebida del carácter absoluto a ciertos bienes humanos que son considerados prácticamente como sucedáneos de Dios.

(III) Derivado de varias causas, entre las que se debe contar también la actitud crítica contra las religiones, y, ciertamente en algunas zonas del mundo, sobre todo contra la religión cristiana. Por lo cual, en esta génesis del ateísmo pueden tener parte no pequeña los propios creyentes, en cuanto que, con el descuido de la educación religiosa, o con la exposición inadecuada de la doctrina, o incluso con los defectos de su vida religiosa, moral y social, han velado más bien que revelado el genuino rostro de Dios y de la religión.

(IV) Los hay que someten la cuestión teológica a un análisis metodológico tal, que reputa como inútil el propio planteamiento de la cuestión. Muchos, rebasando indebidamente los límites de las ciencias positivas, pretenden explicarlo todo sobre esta base puramente científica, o, por el contrario, rechazan sin excepción toda verdad absoluta.

(V) Hay quienes imaginan un Dios por ellos rechazado, que nada tiene que ver con el Dios del Evangelio.

(VI) Hay quienes exaltan tanto al hombre, que dejan sin contenido la fe en Dios, ya que les interesa más, a lo que parece, la afirmación del hombre que la negación de Dios.

4. Dialéctica inmanente de la negación de Dios. Comentario del cuadro esquemático.

El ateísmo, desde un punto de vista antropológico, está posibilitado por una doble fuente: la negación crítica de una figuración antropomórfica del Absoluto Trascendente -nadie puede negar al Dios vivo claramente visto- y la actitud culpable de autosuficiencia más o menos facilitada por el espíritu objetivo del medio social, cultural y religioso, en cada momento histórico. Pero la negación del

Absoluto, bien por vía de cobarde marginación, o por despreocupado indeferentismo -tan extendido en la sociedad tecnificada y consumista de masas adormecidas por el constante reclamo de urgencias inmediatas y de la "concupiscentia oculorum" (1 Jn 2,16) que tanto obstaculiza la escucha de la "Voz silente" (Job) de Dios (las únicas palabras importantes, que resuenan en la voz de la conciencia)-, bien por positiva repulsa, justificada por una *crítica* pseudocientífica de la noción de Dios, o por una postulación axiológica de su incompatibilidad con la plena realización del hombre, acaba transformándose en la afirmación de un pseudodios: porque el hombre, "peregrino del "Absoluto" (Pascal), necesita asirse a seguridades absolutas, a absolutizar valores relativos intramundanos: de la naturaleza o del hombre en su relación de dominio del mundo que acaba siendo destructora, que conduce a la larga a la más angustiada desesperación.

He aquí las seis sucesivas formas de negación de Dios en sus causas y en su cadencia progresiva hacia el hondo del abismo, que hemos recogido esquemáticamente en el cuadro precedente:

(1). No se conocen, al parecer, pueblos sin religión. La *ignorancia*²² total -ausencia total de la noción de Dios no parece posible en el hombre con uso de razón, que es naturalmente religioso, en virtud de su apertura intencional -intelectiva y evolutiva- al orden trascendental propia de su espíritu creado por Dios y para Dios a su imagen, es invitado al diálogo con El desde su nacimiento (GS 19,1; CEC 27).

Si se diera en algún caso concreto de modo prolongado, la culpabilidad sería de despreocupada desatención, falta de amor y búsqueda de la verdad de raíz egocéntrica (salvo situaciones de agobiante preocupación pragmática por la sobrevivencia). Estaríamos en la situación siguiente.

(2). La *marginación*, desatención culpable a la voz de la conciencia -palpitación sonora de la voz de Dios- que no puede menos de oírse en ese íntimo santuario de la persona creada, si no se deforma por pseudorazones generadoras de hábitos mentales de indeferentismo despreocupado (deísmo, racionalismo, agnosticismo superficial tantas veces ni siquiera justificado reflexivamente). Tiene su raíz en la "acedia", o huída cobarde al requerimiento del Absoluto que "insta" a una respuesta magnánime -ex toto corde- a Quien se nos da del todo como Salvador, habiéndonos dado antes cuanto somos y tenemos en tanto que Creador²³, que no se aviene a la mezquindad de un egoísmo confortable que huye de todo molesto compromiso (la "desesperación de los débiles" de que habla Kierkegaard). El éxito de la vida, feliz fórmula propuesta por Zubiri, es su gran apoyo que a él dispone y le alimenta.

(3). Antes o después llega la decepción. Las "situaciones límite" (sufrimiento, angustia ante la muerte) vehiculan de modo muy especial -en la intención de la Armoniosa Providencia paternal de Dios que los permite- luces de trascendencia, gracias de conversión, que invitan a replantear las cuestiones últimas del sentido de la existencia. El ateísmo práctico de marginación tiende entonces -si estas son rechazadas- a justificarse por una necesidad de coherencia entre vida y concepción del mundo, entre mente y corazón. De ahí brotan muchas pseudocríticas de la noción de Dios, para justificar su negación, de la "ciencia de falso nombre", o de una supuesta incompatibilidad con la plena realización humana (no me refiero a las justas críticas de la teología negativa de que hablamos antes, que pueden ser expresivas de una búsqueda del verdadero rostro de Dios vivo *oscuramente* presentido en el fondo preconsciente de la inteligencia²⁴), que tienen su raíz en una inteligencia cuya luz está oscurecida por una voluntad éticamente desviada (como explica muy bien Sto. TOMÁS por el influjo de la voluntad en la inteligencia

²² El Beato J, ESCRIVÁ repetía con frecuencia que "la ignorancia es el mayor enemigo que tiene Dios en la tierra".

²³ "Totum exigit te qui fecit te". S. AGUSTÍN, *Sermo* 169, 15 (PL 38, 926).

²⁴ "Ultimum cognitionis humanae de Deo illud est quod sciat se Deum nescire" (Pot 7,15,14) -añade el Doctor humanitatis, Sto. TOMÁS DE AQUINO. Pero nada puede negarse de algo, sin algún conocimiento positivo previo de éste: "Nisi intellectus humanus aliquid de Deo affirmative cognosceret, nihil de Deo posset negare" (Ibid). De ahí la implicación -en el conocimiento analógico de Dios, según la doctrina del Aquinate- de la "vía causalitatis seu affirmationis" con la "vía negationis vel remotiois", para lograr en el acceso noético -asintótico- a la eminencia trascendente de la Deidad, que va más allá de la dimensión representativa de los conceptos humanos ("vía excelentiae seu eminentiae")

desde el mismo brotar originario de su ejercicio²⁵), que no suele tener otro valor que el de una retórica quizá brillante, pero que no pasa de ser un puro malabarismo sofístico. Es el *ateísmo crítico*.

(4). El hombre se encuentra en permanente situación de apertura, advertida al menos implica, al carácter trascendental y absoluto del ser. Si se cierra culpablemente el descubrimiento explícito del Absoluto trascendente que funda el universo de los entes relativos y finitos, se inclinará a absolutizar al mundo a alguno de los reflejos especulares del Creador. La aspiración tendencial del dinamismo del hombre, que radica en su apertura religada a Dios, se desvía entonces hacia mitos de sustitución, a los que se exige una absoluta, íntegra y total sumisión. Se explica así como se ha ido sucediendo, a lo largo de la historia, el culto a la naturaleza, a la razón, a la libertad, a la sociedad, a la clase, la raza, el progreso, etc... El fundamento antropológico de las diversas expresiones de esta suerte de ateísmo religioso -antiguo y postcristiano- es precisamente la constitutiva dimensión religiosa del hombre que Sto. Tomás identifica con el *respecto creatural* de absoluta dependencia al Creador (la creación "passive sumpta": "relatio quaedam ad Deum cum novitate essendi"). De ella brota en la criatura espiritual -finita, pero capaz, en tanto que espiritual- (según las acertadas palabras de Millán Puelles) "capaz de vivir la infinitud del ser". La vivencia del Absoluto, implícita en cualquier experiencia humana. Pues, la negación crítica de un Absoluto trascendente deja abierta la puerta -que se abrirá antes o después- a una divinización del hombre en cuanto dominador del mundo (absolutizando lo relativo), -en algunas de sus dimensiones-. Más directa y claramente en el ateísmo moderno postcristiano. Pero también -"nihil novum sub sole"- apariencia la misma absolutización autónoma del yo indirectamente, en la voluntad de dominio mágico de la naturaleza no dominada, tan frecuente en el paganismo precristiano (politeísta, panteísta y dualista), que busca la afirmación del yo, al margen del orden natural expresivo de la Sabiduría de Dios presentido al menos en el fondo del alma como bueno y providente. Es la vieja magia de raíz oscura y a veces demoniaca. Idolatría y magia son la teoría y la práctica de un mismo pecado de soberbia -rebeldía prometeica- que alcanzan su expresión más acabada en la "hibris" del humanismo ateo postcristiano, tal y como se reflejara en Nietzsche -"voluntad de poder" dionísica del superhombre-, o en J. P. Sartre. En el marxismo (al que saludó este último autor como para tranquilizar su conciencia de burgués, festejado por cierta "inteligentzia" europea y americana por los años de su efímera moda) el humanismo ateo se presenta como altruismo, comprometido en una violenta lucha contra las estructuras alineantes -de raíz religiosa, como tan falsamente afirma- y su violencia institucional. El rotundo fracaso de la tiránica dictadura estatal de su puesta en práctica que ha destrozado físicamente y moralmente a masas ingentes humanas, en uno de los mayores genocidios de la historia, ha provocado su estrepitosa caída al final de los 80, que marca un final de época.

Si se pierde la trascendencia -por el olvido del ser del ente-, surge el ateísmo como forma de religión intramundana, la veneración del hombre por sí mismo. La antigua religión cósmica de la naturaleza, expresada en el mito de la eterna circularidad y vivida en el mito que la hace salvíficamente presente, es ahora sustituida por la religión técnica; la divinización del hombre, tras la divinización de la naturaleza. El nuevo paganismo que resulta de la nueva situación no es absolutamente peor que el antiguo, pero sí esencialmente diverso. Una idolatría y una actitud mágica, manipuladora de las fuerzas numinosas del cosmos al margen de toda moral heterónoma, de raíz religiosa, cósmica, pagana, es sustituida por otra idolatría del "yo" más sutil y "civilizada" (aunque vuelve de nuevo "el terror de los demonios"), y por otra magia, la de la agresión inmoral y salvaje de una técnica destructiva y deshumanizadora. El hombre, sordo al mensaje que pregona en la naturaleza la Sabiduría creadora, destruye la armonía de la creación. El cosmos infrahumano, sometido a su dominio, deja de servir a su función primordial de servicio al hombre, haciéndose inhóspito, inseguro y peligroso (sometido a la vanidad de la corrupción, Rom 8,15). De ambos temas de la vuelta del terror de los demonios y de la

²⁵ Sobre la doctrina del "Doctor humanitatis" acerca del conocimiento por connaturalidad, he escrito en otras ocasiones. Presento sobre ella otra comunicación en la tercera sección temática de este congreso. "Ese Cristo que tu ves, no es Jesús. -Será, en todo caso, la triste imagen que pueden formar tus ojos turbios..., -Purifícate. Clarifica tu mirada con la humildad y la penitencia. Luego... no te faltarán las limpias luces de Amor. Y tendrás una visión perfecta. Tu imagen será realmente la suya: ¡El! "(J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Camino*, n. 212).

Teología ecológica (que nada tiene que ver con una veneración deísta de la naturaleza que está en el fondo de cierta estirpe de aberrante ecologismo neopagano de la actual "postmodernidad") me he ocupado en otra ocasión²⁶.

El nuevo paganismo no somete al hombre a una naturaleza tenida por divina, sino que diviniza al hombre, que es considerado como medida de todas las cosas en una naturaleza definitivamente vista como profana sometida al dominio creador -que más bien suele ser destructor- de ese absoluto que es el hombre²⁷.

J. Danielou respondió a los profetas de la "ciudad secular" que auguraban un futuro arreligioso de total marginación de Dios anunciando el *advenimiento de una religiosidad salvaje* ya presente en los años 60; citaba movimientos como el de los Hippies²⁸. Ese anuncio se está cumpliendo de manera tan llamativa como en la proliferación de sectas pseudoreligiosas y el actual satanismo militante, que recuerda y amplifica las peores perversiones de la religiosidad pagana. El marxismo se resiste a morir por lo que tiene de religión prometeica de tipo materialista inspirada en la dialéctica del odio y del resentimiento, porque el fracaso de los sistemas opresores, de las dictaduras por él inspirados, ha sido estrepitoso y fulminante. Ratzinger cree que si rebrota, será con nueva veste, que pueda de nuevo fascinar a cierta estirpe intelectual proclive, desde la llamada "Ilustración" (¿de quién?) a dejarse seducir por los encantamientos engañosos de la antigua serpiente²⁹.

5. La *rebeldía prometeica* pseudohumanista del "humanismo ateo", que comenzó proclamando proféticamente con Nietzsche la muerte de Dios, de hecho ha conducido a levantar acta de la muerte del hombre con cuyas ruinas intenta construir el "pensiero devole" de tan irritante superficialidad del movimiento postmoderno, una sociedad relativista de religiosidad "light", fácil presa de los movimientos de raíz esotérica oriental englobado en la atractiva etiqueta del "New Age" -ante el que alerta Juan Pablo

²⁶ Cf. J. FERRER ARELLANO, *El misterio de los orígenes*, cit, parte Y.

²⁷ Un ejemplo de este carácter religioso de absolutización de lo relativo lo tenemos en el viejo Marxismo. He aquí el testimonio de R. GARAUDY, el conocido filósofo, en su fase combativamente marxista (antes de su llamativa conversión al Islam, desmarcándose a tiempo del fracaso de los sistemas de gobierno cruel y explotador que ha inspirado en su histórica vigencia, tan estrepitosamente derrumbado al final de los ochenta).

"Nosotros no conocemos otro santuario que la sociedad de los hombres, ni otra oración que el trabajo, ni otro culto que la cultura, ni otro sacramento que la continua creación del hombre por el hombre. En una palabra: no hay otro mundo que el porvenir más humano de este mundo".

Se trata, pues, de una religión del hombre divinizado y de un utópico paraíso terrestre que resulta de una humanización de la naturaleza por el progreso transformador del hombre, que postula la negación del Dios trascendente -al ser declarado incompatible con la dignidad y libertad autocreadora del hombre- que es sustituido por los reflejos especulares del Absoluto trascendente (el absolutamente Absoluto) en su imagen creada (relativamente absoluta), negándose a reconocer en ellos la huella de su Creador.

²⁸ Los últimos años de su vida el Card. DANIELOU los dedicó en buena parte a reivindicar la dimensión religiosa del hombre, que era negada -por influjo de la teología dialéctica protestante- por la teología de la secularización y muerte de Dios. Insistía machaconamente que la religión, que es natural debe ser salvada -teniendo en cuenta la caída- por la Revelación cristiana, que la purifica y transfigura, pero asumiendo lo positivamente valioso que -pese a graves desviaciones -incluso de origen diabólico-- se encuentra en las religiones paganas. El hombre "unidimensional" secularizado y arreligioso no existirá jamás. El peligro del futuro no es el ateísmo arreligioso, que es antinatural. Es más bien, repetía Danielou, una "religiosidad salvaje" (Don Alvaro Calleja, consiliario del Opus Dei en Francia, me dijo poco antes de morir -vino a Pamplona a hospitalizarse para no volver ya a París- que esa era la gran preocupación del Cardenal aquellos años, como pudo percibir en su frecuente trato de amistad con él). J. Pieper creía que el Anticristo sería profundamente y perversamente religioso.

²⁹ "El hundimiento de los sistemas de gobierno de inspiración marxista en el este europeo resultó ser, para esa teología de la praxis política redentora, una especie de ocaso de los dioses: precisamente allí donde la ideología liberadora marxista había sido aplicada. Consecuentemente, se había producido la radical falta de libertad, cuyo horror aparecía ahora a las claras ante los ojos de la opinión pública mundial. Y es que cuando la política quiere ser redención, promete demasiado. Cuando pretende hacer la obra de Dios, pasa a ser, no divina, sino demoníaca". RATZINGER, *situación actual de la fe y de la teología como ciencia*. Conferencia al episcopado de iberoamérica en Guadalajara (México), Observatore Romano, 1-XI-1996.

II por su letal peligrosidad adormecedora de la conciencia- en una sociedad hedonista sin otro horizonte que el bienestar material, que margina las cuestiones últimas, para volver a empezar de nuevo la fatídica escala hacia el abismo del fracaso absoluto en la desesperación total³⁰.

"Pero nunca segundas partes fueron buenas"³¹. La tentación de la desesperación ante el rotundo fracaso ("la venganza de la finitud") de los mitos de sustitución que no sólo no sacian el corazón del hombre, sino que lo envilecen, pueden dar ocasión a acogerse a la misericordia de Dios en el retorno del hijo pródigo, si no se sucumbe al preocupante estado que facilita caer a su vez en la vieja tentación del antiteísmo de las sectas satánicas, de tan amplia difusión, en las que se realiza existencialmente, en nuestro tiempo de manera masiva el mito *de Fausto*, que vende su alma al diablo. Es la prometeica rebeldía del hombre que, en el colmo del engaño seductor del padre de la mentira, pone su esperanza en Satán.³²

(6). Nunca es tarde para la conversión del Dios vivo. También la faústica actitud de los adoradores de Satán puede ser fulminada por un rayo del amor misericordioso del Padre de las luces evitando *así la desesperación del odio de enemistad luciferino* de los réprobos en vida (en la medida - que ignoro- en que sea posible, o la reprobación efectiva de la impenitencia final que siempre acecha a las víctimas del engaño del que es homicida y mentiroso desde el principio. Tal sería el cruel destino del que no detiene a tiempo -por cerrarse obstinadamente o los incesantes requerimientos del Amor misericordioso que sale al encuentro de la oveja perdida; que llama sin cesar a las puertas del corazón para que interrumpa su loca carrera hacia el abismo- emprendiendo el camino de regreso del hijo pródigo a la Cada del Padre. Sólo el rechazo obstinado de la misericordia "obliga" al Amor, que también es Justicia, a la reprobación del odio luciferino que se cierra por completo al Amor . "Terrible cosa es caer en la manos del Dios vivo" (He 30,31).

5. Conclusión.

Recapitulemos, para concluir, -este estudio inspirado en la luminosa antropología del "Doctor humanitas", Sto. Tomás de Aquino-. Las seis escalas de la siniestra gradación descendente de la negación de Dios hacia el abismo (insisto en que aquí tratamos de una tipología de actitudes personales y -emergiendo de ellas; de las diversas formas de negación de Dios), por una dialéctica inmanente, tienden a transformarse -según la antropología tomista-, en escala descendente, paso a paso- en la siguiente. Que se cumplan o no tales pasos en cada caso concreto, depende de muchos factores. Ante todo de la libre respuesta humana a la llamada de Dios a remover los obstáculos -en su raíz culpable- que impiden abrirse a la luz de su Palabra creadora y a las activaciones de la gracia que invitan a la conversión al Dios vivo. Y en segundo lugar, de tantos otros factores de orden personal y sociocultural que pueden interferir en el curso connatural de su proceso gradual. Lo califico de "connatural" porque se funda en la constitución esencial de la persona humana como tal, que no es otra que su respecto creatural a Dios que puede describirse como relación dialógica a la Palabra creadora que le llama a la existencia -en coexistencial comunión con los otros hombres también constitutiva de cada persona individual- por su propio nombre -voz en la nada-, manifestando a la libertad creada -sin forzar a seguirlo- el camino que conduce al logro de su bien plenario en la comunión salvífica con El que la caridad opera, y su consumación en la gloria de la eterna bienaventuranza. "Este galardón de la soberana vocación del hombre en Jesucristo" (Fil 3,14), puede malograrse por desatención culpable a la voz de Dios, que es el

³⁰ Aquí no tratamos directamente sino del proceso inmanente del ateísmo personal que tiende a degenerar más o más hasta el fondo del abismo de la desesperación. Pero de alguna manera se refleja en la historia del ateísmo en sus reflejos culturales más significativos de especial incidencia social.

³¹ "Volvióse el perro a su vómito, y la marrana, lavada, se volvió a revolcar en el cieno" (2Pt 2,22; Prov 26,11). "Y vienen a ser las postrimerías de aquél hombre peores que los principios" (Lc 11,26).

³² "Al que rehusa el agua le queda la sed", solía repetir G. THIBON, "Me abandonaron a Mi, la fuente de aguas vivas, para excavar cisternas agujereadas, incapaces de retener las aguas" (Jer 2,13). "Y el corazón humano, que está hecho para amar, se venga y se llena de corrupción y de sensualidad" (B. Josemaría ESCRIVÁ).

inicio de un proceso que puede conducir al hombre, peregrino de lo absoluto, al abismo de la religiosidad pervertida de raíz satánica, y -a la postre- al abismo más profundo y definitivo, de la frustración definitiva de su existencia: a la desesperación total, y al odio luciferino de los réprobos.

El ateísmo práctico que margina a Dios tiende, por un vértigo fatal, de abismo en abismo, al más rotundo e irreversible de los fracasos: de la falsa crítica de las religiones establecidas, pasará al autoendiosamiento enmascarado, a los mitos de sustitución que terminan con la honda decepción del corazón humano insatisfecho -con la experiencia decepcionante del hijo pródigo ("la venganza de la finitud")-, al rechazo al Dios vivo que le invita a saciarse en el festín de la casa paterna, porque prefiere el endurecimiento en la rebeldía prometeica, al retorno humilde de los brazos acogedores de un Padre lleno de misericordia, acaba en el abismo de la desesperación de los réprobos.

Hemos distinguido en otro lugar³³ siete tipos de conocimiento humano de Dios. La tipología del ateísmo inducido por la "mona de Dios" -alcanza una cifra que no llega al 7: se queda en 6, en un modesto e inquietante 6. Si 7 simboliza perfección y plenitud, 6 equivale -según suelen interpretar algunos autores desde el simbolismo de la Escuela platónica alejandrina- a un intento fallido: al quiero y no puedo. La "mona de dios" no logra otra cosa -en última resolución- que arrastrar piedra para la construcción del Reino de Dios, al servicio de su plan salvífico.

Dios espera pacientemente que la experiencia de la caída de tantos hijos suyos rescatados con la Sangre de su Unigénito en el abismo del mal toque fondo, para que la humanidad, que tanto ama, reaccione -alguien dijo que el próximo siglo será cristiano o no será-, y retorne hacia los brazos del Padre que la espera, volcándose misericordiosamente sobre sus hijos pródigos, para acelerar el cumplimiento del prometido triunfo de la descendencia de la mujer sobre la antigua serpiente (Gen 3,15), arrebatándola el mayor número posible de quienes formando parte del número de su descendencia, y con la señal quizá marcada del número de la bestia 666, abran su corazón al amor misericordioso de Dios manifestado en el "misterio de piedad" (1Tim 3,16), y convencidos de su culpable engaño, laven sus vestiduras manchadas con la sangre del Cordero, que ha vencido y borrado aquella señal maldita, con el gloriosísimo signo de la Cruz triunfante, en la cual está nuestra salvación, vida y resurrección.

³³ J. FERRER ARELLANO, *El misterio de los orígenes*, cit, p III, c.2. Son la inferencia espontánea de dios incluida en la originaria experiencia religiosa fundamental, de la cual derivan la *Teodicea* y la *mística natural*. En el orden sobrenatural -que asume, perfecciona y transfigura aquél conocimiento natural de Dios- el saber originario propio de la fe teologal, tiende a dos saberes derivados, en una doble profundización de aquella, científica (*Teología de la fe*) y metacientífica (*mística sobrenatural de la visión beatífica*, saber metahistórico consumativo de los otros seis, intencionalmente otorgados por Dios con vistas al logro de este último; que es el destino del hombre redimido por Cristo).